



Seúl, con sus seis millones de habitantes, es una de las grandes metrópolis del mundo. Su centro tiene todo el aspecto de una ciudad japonesa.

COREA DEL SUR

UNA DICTADURA SIN PALIATIVOS

Esta temporada, las cárceles coreanas están llenas. Desde enero llueven las condenas. Se han suprimido prácticamente todas las libertades y garantías individuales a raíz de las medidas excepcionales adoptadas por el Presidente Park Chung Hee el 8 de enero.

Desde hacía varios meses, la situación en Seúl era bastante tensa. Los coreanos realistas se mostraban preocupados. Los optimistas esperaban, por el contrario, una suavización del Régimen. Este ha echado mano otra vez, sin embargo, del garrote. Cualquier persona que critique al Gobierno o la Constitución puede ser condenada a quince años de cárcel. Dos personajes de la oposición, Chang Chun Ha y Park Ki Wan, han sido ya castigados con la máxima pena. Once sacerdotes han sido detenidos. Siete estudiantes han sido condenados a penas de entre cinco y diez años de cárcel. El terror reina de nuevo.

«¿Hasta dónde puede llegar Park si continúa por este camino?», se preguntan los coreanos. Nunca había sido tan dura la represión. «Cuando vuelva a su país, cuente lo que aquí pasa —me pidieron los

intelectuales con los que mantuve contactos—. Haga algo por nosotros». Aunque, claro está, todos me rogaron que no citase sus nombres ni diese la mínima indicación que pudiese permitir su identificación. Les prometí a todos que así lo haría. Y, sin embargo, muchos de esos intelectuales eran personajes conocidos, muy conocidos. Algunos eran miembros incluso del partido de Park. Hay que decir en su descargo que lo que podría fácilmente interpretarse como cobardía no es sino un comprensible temor unido a un cansancio extremo.

Una CIA temible

En Europa seguimos impresionados por el anuncio relativo a la apertura de negociaciones para la reunificación de las dos Coreas que se hizo en el verano de 1972. Nos sorprendió el hecho de que las discusiones no hayan llegado hasta la fecha a feliz término. En cualquier caso, se piensa generalmente que el Régimen surcoreano se ha flexibilizado. Los coreanos también concibieron esa esperanza a inicios de diciem-

bre, cuando el Presidente Park se distanció de su hombre de confianza, Lee Hu Rak, jefe de la CIA. En realidad, no se trataba más que de una táctica de repliegue.

La situación era delicada. El 8 de agosto pasado fue secuestrado en el hotel en que se hospedaba, en pleno centro de Tokio, el jefe de la oposición, Kim Dae Jung. Aquel hecho provocó un gran escándalo. Los japoneses protestaron contra la violación de su territorio. Las protestas niponas conmovieron tanto a Washington, que se decidió poner otra vez en libertad a Kim Dae Jung. Una vez más la CIA se vio comprometida hasta el fondo. La Agencia Central de Inteligencia no era extraña a operaciones de este tipo.

La red de la CIA surcoreana se extiende por todos los continentes. El pasado junio, el agregado cultural de la Embajada de Corea en Estados Unidos anunció que no quería volver a Seúl. El agregado manifestó en aquella ocasión que los Servicios Secretos coreanos realizaban actividades de intimidación y vigilancia que tenían como blanco a los coreanos

que vivían en Estados Unidos. Ya en julio de 1967, ocho coreanos que residían en Francia fueron secuestrados o llamados a Seúl. Por aquella misma fecha fueron secuestrados en Alemania Federal y Austria otros súbditos de Corea del Sur. Un investigador que vivía en Cambridge fue llevado igualmente por la fuerza al país, donde fue ejecutado. Otro caso es el del extraño suicidio, en 1972, de Yi Su Young, embajador coreano en Francia, quien se atravesó el cuerpo con un largo cuchillo de cocina...

La «revitalización» coreana

Huelgan comentarios al respecto. Sin embargo, el «affaire» Kim Dae Jung fue el que más graves consecuencias tuvo. En octubre y noviembre comenzaron a manifestarse los estudiantes a favor de la restitución de las libertades políticas. Pidieron aclaraciones en torno al secuestro. Colocado entre la espada y la pared, el Presidente Park prefirió soltar lastre y deshacerse de un personaje ya condenado, el temible Lee Hu Rak, que ahora vive tranquilo en Francia. ▶

UNA DICTADURA SIN PALIATIVOS

Aquello no fue más que una engañosa maniobra. Con el cambio de Gabinete, el pueblo tuvo ocasión de comprobar que cinco de los nuevos ministros eran antiguos militantes, que el anuncio de una reforma en la CIA no podía ser más que una trampa, puesto que la Agencia es el principal pilar del Régimen. Además, el primer ministro, Kim Jong Pil, fue fundador de la CIA. El nuevo jefe, Shin Jik Soo, es el ex ministro de Justicia del Gobierno anterior...

Esa liberalización aparente y fugaz no podía ser más que una táctica. El Presidente Park Chung Hee, antiguo maestro que sirvió en el Ejército japonés, no quiere bajo ningún concepto renunciar al poder. Poder que tomó el 16 de mayo de 1961, a raíz de un golpe de Estado militar, un año después del derrocamiento de otro temible dictador, Syngman Rhee. Desde entonces, el Presidente Park —que ha permanecido muy ligado a los medios fascistas japoneses— ha consolidado su edificio. Park ha reformado totalmente la Constitución para poder detentar todos los poderes y prohibir expresarse a la oposición. El Presidente ha lanzado últimamente una campaña de «revitalización». Con «slogans» y propaganda de todo tipo, se pide a la población que apoye al Régimen y contribuya activamente a su prosperidad.

Así, pues, la única forma de mantener a ese régimen de hierro en el poder es por la fuerza, una fuerza que crece diariamente. «Hasta 1967 —me ha dicho un responsable religioso—, las cosas no iban mal del todo. Yo mismo hice campaña a favor de Park, diciéndoles a los campesinos: «¿A dónde iremos si elegimos a un desconocido?» Ya no es posible».

Durante años, Park ha explotado el tema de la «amenaza de invasión desde el Norte». La guerra de Corea fue dura, salvaje incluso. El pueblo todavía se acuerda con horror de aquella tragedia. En cualquier caso, el Gobierno se ocupa de refrescarle continuamente la memoria. Todas las semanas se difunden por televisión varios films de espionaje. Consecuencia: la mayoría de los surcoreanos siguen siendo anticomunistas. Los opositores no exigen siquiera la salida inmediata de Park, sino un cambio de política. «No tenemos nada contra la persona del Presidente —explica un antiguo diputado—. Todo el mundo reconoce que ha contribuido a sacar al país de la situación ruinosa en que lo dejó sumido la guerra. Estamos, sin embargo, en contra de su política de «revitalización». Cuando acaba su mandato, debe dejar la Presidencia. Estamos hartos de hombres que se autocalifican como privilegiados. Pasó ya la época de los héroes».

El pueblo quiere saber lo que ocurre al Norte del paralelo 38

Otros van aún más lejos. Según un conocido escritor de la joven generación, la desesperación podría llevar a algunos a entenderse con Corea del Norte. «Hasta ahora, la propaganda grosera de Pyong-Yang no ha cuajado. Esto no ha sido difícil, por cuanto el pueblo no sabe nada de socialismo. Todos los libros están prohibidos. La gente empieza, sin embargo, a hacerse preguntas. Y los que quieren estar al corriente de lo que pasa en el Norte, lo consiguen». Muchos han subrayado la contradicción que supone el que los dirigentes surcoreanos se dirigen a Pyong-Yang, conducidos por Lee Hu Rak, para reunirse con Kim Il

votaron por el Presidente Park.

En realidad, con la única excepción de quienes se aprovechan del Régimen —tal es el caso de una minoría que ha amasado fortunas escandalosas—, los coreanos cada vez soportan menos al dictador y su equipo. La oposición activa emana, como en otras partes, de los medios intelectuales, pero con una particularidad: que la componen cristianos sobre todo. Los cristianos no representan más que un pequeño porcentaje de la población: de un total de treinta y cuatro millones de habitantes hay en el país dos millones de protestantes y sólo ochocientos mil católicos. La influencia de los católicos se debe al hecho de que están en contacto con el mundo exterior y a que las élites coreanas son, en su mayoría, cristianas. Kim Dae Jung, por ejemplo, lo

claraba: «No puede haber tranquilidad en el país, no puede haber unificación, mientras no exista una auténtica libertad de opinión».

El caso de Kim Chi Ha

La mayoría de los estudiantes que se manifestaron a lo largo del último trimestre de 1973 son también cristianos. A comienzos de enero, ciento cincuenta de esos estudiantes se reunieron clandestinamente en Kwangju, al Sudoeste de la península, para decidir qué estrategia adoptar. «Tras una ceremonia que duró tres horas, los asistentes nos comprometimos por escrito a luchar por todos los medios a nuestro alcance, y aun a riesgo de perder la vida», me confesó uno de ellos. Mi confidente sabía de qué hablaba.



Supn, mientras que se consideraba sospechosa a cualquier persona que se permitiese dudar de la propaganda del Gobierno referente a la situación en el Norte. Por otro lado, la presencia de una muchedumbre al paso de la Cruz Roja norcoreana, que se dirigió a Seúl en septiembre de 1972, demostró hasta qué punto existe curiosidad en el Sur respecto a lo que pasa al Norte del paralelo 38.

La oposición existe

Pero, aunque amordazada, la oposición existe. En las últimas elecciones presidenciales de 1971 —y a pesar de todas las presiones—, cinco millones de electores dieron sus votos a Kim Dae Jung (el personaje secuestrado en Japón algún tiempo después), mientras que sólo seis millones

es. Los miembros más importantes del episcopado, comenzando por su cabeza, el arzobispo de Seúl, cardenal Soy Huan Kim, militan en la oposición. Actitud ésta que les está valiendo más de un disgusto. Desde 1971, los sermones del clero son seguidos atentamente por la CIA. Durante las fiestas de Navidad de aquel año de 1971, el cardenal Kim pronunció una homilía en favor de las libertades fundamentales del hombre. El pasado mes de diciembre, el cardenal lanzó un llamamiento junto, con otras quince personalidades, en pro de la celebración de elecciones libres en el país.

Un mes antes había sido detenido —aunque fuera posteriormente puesto en libertad— el obispo de Wonju, por reclamar mayores libertades para sus compatriotas. Hace algún tiempo también la emisora protestante de

En cada manifestación organizada desde entonces ha habido detenidos. Algunos de los estudiantes arrestados por la Policía murieron torturados. Las familias se callaron por temor a posibles represalias, pero las noticias terminaron filtrándose.

A intelectuales y políticos les ha cabido la misma suerte. Kim Chi Ha, poeta de treinta y dos años, ha sido detenido varias veces y sometido a torturas. El motivo de su primera detención, hace cuatro años, fue la publicación de un poema satírico titulado «Los cinco bandidos», en el que, jugando con caracteres chinos, atacaba a los ministros y a los nuevos ricos. Poco tiempo después de que le fuera concedida la libertad, Kim Chi Ha volvía a dar con sus huesos en la cárcel por haber publicado otro poema, considerado ofensivo por el Régimen. Esta segunda vez fue li-



A cinco minutos del moderno centro de la capital nos encontraremos angostas callejas, casas bajas, mercados de legumbres y de algas, donde vendedoras de fuertes rasgos mogoles aguardan al posible comprador, mientras que los portadores caminan doblegados por el peso de las mercancías que transportan...

berado gracias a la intervención de «Amnesty International».

La prensa, por su parte, aunque trató en un primer momento de resistir, ha terminado capitulando. El periódico más tenaz ha sido el «Doug A Ilbo». Hasta el momento en que se declararon las medidas de excepción, ese periódico publicó manifiestos y protestas de políticos y hombres de letras.

Una vez más se ha obligado a la oposición a hincarse de rodillas. Por lo menos eso parece. En tales condiciones, la reacción puede ser muy violenta. La vuelta a la Universidad, que tendrá lugar —al menos en teoría— a comienzos de marzo, será seguramente tensa. La oposición se ha visto obligada a pasar a la clandestinidad. «Es preciso que nos reagrupemos —me confesó uno de sus dirigentes—. Desembarazarse de Park no es tarea fácil, debido a la presencia norteamericana».

Sigue habiendo 42.000 soldados norteamericanos estacionados en Corea bajo el manto protector de las Naciones Unidas. Estos soldados viven en su mayoría en Seúl. Allí constituyen una especie de ciudad dentro de la ciudad, totalmente inaccesible para los norteamericanos.

¿Que hará el Ejército?

El Ejército constituye el mayor interrogante. Se habla de malestar entre los oficiales. En el cambio de Gabinete del pasado diciembre, el ministro de Defensa perdió su cargo para sorpresa de todos. En marzo o abril del pasado año, un militar, el general Youn Pil Yung, trató, al parecer, de organizar un golpe de Estado.

Dicho general está ahora en la cárcel, pero una facción del Ejército sigue apoyándolo. Además, varios generales están vinculados a los medios norteamericanos. Nada impide que Washington decida un día abandonar a Park igual que hizo con el dictador sudvietnamita Ngo Dinh Diem. Evidentemente, el Jefe del Estado coreano desconfía. Para no perder el apoyo de los generales, los corrompe. Al frente de la mayoría de las grandes sociedades figuran militares jubilados.

De todas formas, el Ejército es, después de la CIA, el segundo pilar del Régimen. No hay que olvidar que el país se considera en estado de guerra. El servicio militar obligatorio es de tres años. Tres millones de hombres están incorporados. Todos los días, a medianoche, las encrucijadas son

En Corea los salarios son tres veces más bajos que en el Japón: una obrera de la industria textil gana 11.000 wons al mes (unas 1.300 pesetas).



bloqueadas con caballos de Frisia y otros obstáculos, debido al toque de queda. El país es un inmenso campamento fortificado. Las autopistas que lo surcan son, ante todo, obras estratégicas, en las que, de vez en cuando, los habituales terraplenes recubiertos de césped que separan las dos vías se suprimen a lo largo de varios kilómetros para convertirse, llegado el caso, en pistas de aterrizaje.

Son de esperar también en el próximo futuro nuevas manifestaciones antijaponesas. Los intelectuales piensan poder cristalizar el sentimiento nacionalista coreano en torno a los problemas económicos.

Desde hace casi trece años, el Presidente Park ha dotado a su poder político de una base económica fuerte gracias a los capitales americanos, primero, y a los japoneses, en una segunda fase. Las inversiones extranjeras en los diez últimos años se elevan a más de quinientos mil millones de dólares, de los que un 59 por ciento procede del Japón. Resultado de todo ello es el «boom» económico que ha registrado Corea, con un índice de crecimiento de un 20 por 100.

Una mano de obra barata

Si los japoneses están interesados en invertir en Corea del Sur es porque este país proporciona mano de obra muy barata. Los salarios son tres veces más bajos que en el Japón. Una obrera de la industria textil gana once mil wons al mes (unas 1.300 pesetas); un capataz, tres veces más, y un profesor de Universidad, noventa mil wons (11.000 pesetas, aproximadamente). La renta «per cápita» es de 370 dólares anuales.

El coste de vida es, sin embargo, muy alto. Un kilo de carne de vaca de buena calidad cuesta entre 1.200 y 1.500 wons; un huevo, 20, y un litro de leche, 190. Los alquileres son caros. Caer enfermo y tener que ir al hospital

es una verdadera catástrofe. Hay que pagar al ingresar una fianza de 10.000 wons y saldar la cuenta cada tres días. No existe, claro está, seguridad social. Enviar los niños a la escuela es también ruinoso. Desde la escuela primaria hay que pagar 8.000 wons por niño al año. El liceo cuesta cincuenta mil wons anuales durante los tres primeros años y ciento cuarenta mil wons (es decir, el salario de una obrera) los años siguientes. El precio de la Universidad resulta realmente prohibitivo. Gira en torno a los quinientos mil wons anuales.

En estas condiciones es natural pensar que sólo los hijos de los ricos pueden permitirse ese lujo. Es verdad, pero los más modestos pueden acceder a la Universidad si están dispuestos a cargarse de deudas. Así, el coreano, atado de pies y manos por los intereses enormes que debe reembolsar, trabaja día y noche, y se cuida muy bien de hablar de política para no perder su puesto. Según estadísticas oficiales, el cincuenta y cinco por ciento de los coreanos trabajan como mínimo doce horas diarias.

La situación de la clase trabajadora en Corea se parece a la de la Europa del siglo XIX. Seúl es, con sus seis millones de habitantes, una de las grandes metrópolis del mundo. El centro de la capital, con sus «buildings», sus embottellamientos de autobuses, sus pasos elevados y subterráneos, tiene todo el aspecto de una ciudad japonesa. Pero a cinco minutos de allí, nos encontraremos angostas callejas, casas bajas, mercados de legumbres donde coreanas de fuertes rasgos mogoles aguardan al posible comprador, mientras los portadores caminan doblegados por el peso de las mercancías que transportan, mercancías que siguen siendo para ellos un sueño inaccesible.

Y este sueño se ha vuelto aún más inaccesible por culpa de la crisis petrolera. Más de la mitad de la energía que consume el país es importada. Las industrias textil y petroquímica se han visto muy directamente afectadas. La ayuda económica japonesa es limitada. Corea del Sur cuenta con pocos recursos, la mayoría de los recursos pertenecen al Norte. El Sur ha de importar, pues, la mayor parte de las materias primas que necesita. El alza de los precios se ha traducido ya en un enrarecimiento de los productos de consumo.

Los deseos del Presidente Park de hacer del Sur una zona tan fuerte como es el Norte, en la esperanza de una reunificación, no parece que vayan a convertirse en realidad por ahora... a menos que se produzcan acontecimientos inesperados. «Los europeos progresistas sólo se interesan por el Norte —me confesó un líder de la oposición—, y, sin embargo, a pesar de la represión, en el Sur se está gestando algo interesante». ■ LYDIE NICAÏSE.